

Margarita de Navarra. La Reina del Heptamerón

Autoría: Álvaro Bermejo

Afiliación: Licenciado en Historia Contemporánea y Antropología por la Universidad Autónoma de Barcelona; asesor de E-Biolab; Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Divulgación y revisión	81-95	TDL-82-2024-081-095

TIPO DOCUMENTAL

Biografía e historia literaria

RESUMEN DOCUMENTAL

Semblanza de Margarita de Navarra, reina, escritora y figura central del Renacimiento francés. El autor parte de su retrato y de la lectura del Heptamerón para reconstruir su personalidad, su entorno dinástico, su actividad política y cultural y su relación con el humanismo y la Reforma. El texto presenta a Margarita como una mujer de poder, mediadora, mecenas y autora de una obra narrativa que dialoga con Boccaccio desde una perspectiva propia.

PALABRAS CLAVE

Margarita de Navarra · Heptamerón · Renacimiento · humanismo · mujeres escritoras · Francia · biografía

CITA BIBLIOGRÁFICA

Álvaro Bermejo. «Margarita de Navarra. La Reina del Heptamerón». Torre de los Lujanes, n.º 82, 2024, pp. 81-95. ISSN 1136-4343.

Margarita de Navarra

La Reina del Heptamerón

Por
Álvaro Bermejo
San Sebastián, 1959
Licenciado en Historia
Contemporánea y
Antropología por la
Universidad Autónoma
de Barcelona.
Asesor de la red
internacional E-Biolab,
centrada en la simbiosis
biológica, cognitiva y
ambiental.
Amigo de Número
de la Real Sociedad
Bascongada de Amigos
del País.

¿Qué me llamó, qué me llevó hasta ella, tantos años después? No fue el aura de su leyenda, ni todo lo que ya sabía de su historia, ni siquiera la lectura de su *Heptamerón*. Fue un encuentro casual con su retrato. Aquel que le pintó Clouet, en el que posa con un lorito amazónico pinzado a su índice. Ese dedo indiciario parecía emerger del lienzo movido por una fuerza misteriosa, la de su mirada, marcándome una ruta, incitándome a recorrerla.

Me puse en camino hacia el viejo Béarn allá por la primavera de 2016. En el palacio renacentista de Nérac, donde fundó la primera corte ilustrada de Francia, apenas una referencia eclipsada por la efigie de su nieto, Enrique IV. En Odos, ni huella de la villa palaciega donde su corazón dejó de latir. En Lescar, donde fue inhumada, un cenota-

fio decimonónico presidido por la efigie de una reina. ¿Sería ella? No, se trataba de un monumento en memoria de los caídos por la patria. Siempre la patria. Una patria, la francesa, que ya la había olvidado, por más que fuera hermana del *roi des rois*, Francisco I. ¿Qué decir de la Navarra peninsular, la que nunca la entrañó como propia, por más que llevara al Viejo Reino a su período de mayor esplendor cultural?

Cinco siglos después, Margarita de Angulema, de Orléans y de Valois, pero sobre todo de Navarra, ha devenido una paradójica apátrida. Se diría que su único país, el más verdadero, el más profundo, no fue otro que la literatura. Ciertamente su *Heptamerón*, pero también sus obras místicas y sus comedias, pueden leerse como un testimonio sin raíces ni fronteras. ¿Haríamos lo mismo con aquel Michel de Montaigne que encontró en ella su modelo intelectual, o con el Rabelais cuyo *Pantagruel* sólo vio la luz a su amparo?

De pregunta en pregunta, sentí que su historia debía volver a ser contada. No es otro mi oficio, contar y volver a contar. Una batalla contra el olvido, en nuestro tiempo, perdida de antemano. ¿Pero y qué? ¿Qué importa perderla si ha habido belleza en el combate? Bastaría un solo lector. Uno nacido en este siglo, dentro de la generación de relevo. Uno que encontrara entre los vestigios de esa batalla el impulso suficiente para continuarla de la misma manera, contando y volviendo a contar, manteniendo viva la memoria de esta mujer excepcional. La que testificó que su corazón nunca se cansaría de amar. La que adoptó como divisa el lema «Non inferiora secutus» —No seguiré lo inferior—. La misma que llevó a William Shakespeare a escribir, en sus *Trabajos de amor perdidos*: «Navarre shall be the wonder of the World» —Navarra será la maravilla del mundo—.

Desde ese día, asumí como un compromiso personal rescatar del olvido la figura de Margarita de Navarra. Si el nuestro se conoce

como el Siglo de la Mujer, ¿qué paradigma más avanzado que el de esta gran dama que inauguró el feminismo intelectual, la primera mujer moderna, reconocida como tal por Simone de Beauvoir y Samuel Putnam? Pero, asimismo, si nuestro tiempo sigue dirimiendo pugnas entre credos, ¿qué lectura más conveniente que las reflexiones de esta pensadora bien capaz de arbitrar una avanzada tercera vía entre los excesos de la Reforma y la Contrarreforma, a la manera de Erasmo?

El de Rotterdam nos legó un *Elogio de la Estulticia* —no de la locura—, donde escarnece la ineluctabilidad de la necedad humana, en todo tiempo y lugar. La de Navarra, un *Heptamerón* que responde al *Decamerón* de Boccaccio con sus mismas armas, pero desde el punto de vista de una mujer, escarneciendo en la misma medida a sus antagonistas y a sus iguales.

«Des reines la non pareille», dijo de ella Ronsard. «Después de ella» —seguirá Brantôme—, «las mujeres concibieron una visión más elaborada y activa del amor». A tantos escritores protegió, y tanto escribió, que pasaría a la historia como *La Décima Musa*. Nadie la conoció mejor que su amante, Clément Marot. «Cuerpo de mujer, corazón de hombre, cabeza de ángel».

La está definiendo como lo que fue. No sólo la primera *influencer* de Francia —«allá donde iba, era la Corte quien la imitaba a ella y no ella a la Corte», dirá de ella Catalina de Médici—. Esta adelantada del feminismo, tanto en su libertad sexual como en su refinamiento intelectual, anticipa a la nueva mujer y al hombre nuevo. Los que se asoman a un nuevo mundo, pautado por la libertad de pensamiento. Porque para Margarita la Reforma era un concepto global. No se limitaba a una cuestión religiosa. Implicaba la política, la ética, la sexualidad. Lo que se debatía eran los límites de la libertad personal y colectiva.

Ni siquiera su protegido, Calvino, pudo soportarlo. Llegará a atacarla en su *Tratado contra la secta furiosa de los Libertinos que se dicen espirituales*. La respuesta de Margarita será antológica. Lo incluye en la variopinta fauna de fariseos que puebla su *Heptamerón*. Quienes busquen en sus páginas un divertimento mordaz, lo encontrarán. Pero quienes sepan leer advertirán una carga de profundidad tras otra. Y sobre todas ellas, su elocuente visión del amor. «El amor es un deseo de belleza proyectado hacia el otro» —escribe—, «siempre en busca de la armonía pura». Concluye con una sentencia que aquilata todo su pensamiento: «Un hombre sin alma es un hombre sin amor».

Alma y libertad, belleza y conciencia, armonía pura. Qué vocabulario el de Margarita. Volvamos a Marot: «Cuerpo de mujer», en sus rituales de seducción. «Cabeza de hombre», en su sexualidad desprejuiciada. «Corazón de ángel», en su mística neoplatónica; es decir, genuina y decididamente andrógina.

Se diría, a la luz de lo previo, que esta «décima musa» no conoció otras inquietudes fuera de las intelectuales. Al contrario, su vida fue una inquietud bien terrenal, y constante, obligada por su rango, aún más por los juegos de alianzas perpetrados por su hermano. Una Navarra siempre en disputa entre España y Francia, y así como ella, entre sus afinidades y sus lealtades.

Margarita nace en Angulema en una fecha elocuente, 1492, un gozne de siglos que promete el descubrimiento de nuevos mundos. La bautizan como Margarita, a cuenta de un antojo de embarazada perpetrado por su madre, una doncella de quince años. Pidió un plato de ostras. Lo ingirió con tal apetito que no advirtió la perla escondida dentro de una de ellas. En griego perla se dice *margarithai*. De ahí su nombre. Y también el significado de las tres perlas que destellan en el retrato de Clouet. Cada una se corresponde con sus tres linajes: la casa de Angulema, la de Orléans y la

de Valois. No cabían mejores auspicios para esa Perla, por más que su padre hubiera heredado los más funestos. Cuando muere, dos años después, ella y su madre son acogidas en la corte de Amboise. Les acompaña su hermano recién nacido, el futuro Francisco I de Francia.

Ya en su adolescencia Margarita maneja cinco lenguas, además del francés —español, italiano, latín, griego y hebreo—, a las que sumará nociones de euskera una vez que se corone como reina de Navarra. A los diecisiete años, se le impone una boda de conveniencia con un analfabeto funcional, Carlos de Alençon. Busca consuelo en sus lecturas: los primeros pensadores de su tiempo y, entre ellos, los humanistas evangélicos que pasarán a erigirse en sus consejeros. Poco después, se coaligarán en el Cenáculo de Meaux, presidido por Calvino y siempre bajo sospecha. Le hablan de la *devotio moderna* que se difunde desde Flandes. Lo que está en juego trasciende las lecturas devocionales. Si el término *devotio moderna* se emplea para apartarse de la antigua, tras la bandera del libre albedrío se alzan las de todos los movimientos emancipatorios.

En esa coyuntura fallece su protector, Luis XII. Su hermano, Francisco, sobrino del rey, asciende al trono. Y todo da una vuelta de campana. Francisco la convoca a su corte, y ella sustituye a su maltrecha esposa en las ceremonias oficiales convirtiéndose en el eje de la vida mundana en palacio. Francisco la llama *Ma Mignone* —Mi Pequeña—, cuando el benjamín es él. Ella deslumbra. Pero la que ya es la mujer más influyente de Francia, antepone a los filósofos y los poetas. Tanto los frecuenta que se erige en la primera *salonnière* de la historia.

Su salón, el *Nuevo Parnaso*, no es ajeno al clima de tensión entre España y Francia. Se agudizará en 1520, con la elección de Carlos I como Emperador. Francia se ve cercada por las posesiones de los

Habsburgo, un tajo de espada que desciende desde Flandes al Milanésado. Francisco intenta romper el cerco anexionándose el ducado de Milán. Le acompañan el esposo de Margarita, Carlos de Alençon, su impávido amante —Marot—, y un turbulento bearnés, Enrique de Albret, que ostenta la corona de Navarra.

Los imperiales, en franca desventaja —seis mil hombres frente a treinta mil— se atrincheran en Pavía. Carlos V envía quince mil lansquenetes alemanes y once mil más reclutados entre España e Italia. Francisco, el sitiador, se ve sitiado por tres flancos. Más de diez mil franceses serían pasto de los cuervos en Pavía.

Bien pudo ser uno de ellos Francisco I. Ya en fuga, su caballo chocó con el jinete que cargaba contra él. Cayeron los dos. Al incorporarse, el rey de Francia se encontró con un estoque marcándole la yugular, el de Juan de Urbietta. El *roi des rois* es conducido preso a Madrid, se le confina en la misma Torre de los Lujanes donde yo leería mi lección de ingreso en la Delegación en Corte de la Bascongada. Paradojas de la historia a las que no es ajeno quien la escribe.

¿Podía imaginarlo mientras recreaba la figura de Margarita? Por supuesto que no. ¿Será entonces que las casualidades encubren causalidades ocultas? Tal vez. Sí, tal vez quien me inspiraba vino a marcarme una culminación de ese misterioso camino que me llevó al Béarn, y, ya en Madrid, hasta esta Torre de los Lujanes donde ella misma vino a negociar la liberación de su hermano.

En Pavía su esposo, Carlos de Alençon, cayó gravemente herido. Moriría dos meses después. Una vez que Francisco recupera la libertad, reniega de todo lo pactado y desposa a aquel turbulento bearnés, Enrique de Albret, con su hermana viuda. Es así como Margarita de Valois pasa a convertirse en Margarita de Navarra. Una reina sobrevenida que, sin embargo, entrañará aquella Navarra siempre en litigio, hasta hacerla propia.

Hablamos de una Navarra muy diferente a la actual. Una geografía fluctuante, que se extiende, más allá de su territorio peninsular, desde el señorío de Foix al de Béarn, pasando por los de Limoges, Périgieux, Marsan, Bigorra y Gabardan. Siempre al albur de alianzas no menos fluctuantes, según soplaran vientos beamonteses o agramonteses, y, asimismo, según se impusieran los ejércitos imperiales o los franceses. Su epicentro orbitaba en torno al castillo-palacio de Pau. Margarita marca distancias con su nuevo esposo afincándose en el de Nérac. Más allá de sus constantes desavenencias, donde pesa su talante ilustrado —«madame, vous en voulez savoir trop», le espetará Enrique—, la impronta de Margarita no se limitaría a las letras. A su llegada se encontró ante un paisaje arrasado por un siglo de guerras. Fue ella quien se puso al frente de su recuperación. Su rango como adelantada del Renacimiento fue paralelo a otro renacimiento, este sin mayúsculas, pero no menos mayúsculo en su amplitud social. Al tiempo que se reconstruían burgos y villas, homologó la vieja legislación bearnesa con el viejo Fuero de Navarra. El Fuero de Béarn se constituiría, por su mediación, en la primera legislación escrita de toda Francia.

Tantos buenos propósitos no alcanzaron, sin embargo, la alcoba de la real pareja. Ya hemos pintado el retrato de Margarita. ¿Cómo era el de Enrique II, *El Sangüesino*? La historiografía francesa lo presenta como un apuesto capitán curtido en cien combates. Puede que lo fuera, pero el personaje que se asoma a una tabla de autor desconocido, preservada en el Museo Condé de Chantilly, se asemeja más a un predicador reformado. De hecho, el primer regalo que le hizo a su prometida el día de su boda, fue un catecismo luterano —toda una declaración de intenciones—. Crónicas de la época afirman que las disputas estallaron desde los primeros días, y alguna deja entrever que el *Sangüesino* la golpeó en más de una ocasión. El

rey tuvo que intervenir llegando a amenazarle si volvía a excederse con su hermana.

Maridos adiestrados en la «terapia» del bastón hay unos cuantos en su *Heptamerón*. En la quinta *nouvelle* describe un episodio análogo, por la vía tragicómica, en cuya conclusión moralizante reaparecen la propia Margarita y su tosco esposo. Entre líneas, bien podemos leer nosotros todo lo demás.

Frente a las discusiones conyugales, las intelectuales. No le faltan interlocutores. Además de los teólogos del Círculo de Meaux, con Calvino a la cabeza, un librepensador tan disonante como François de Rabelais. ¿Podemos figurarlos sentados a la misma mesa? A un lado, el *Haz lo que quieras*. Al otro, el déspota del dogma. Intentémoslo a la luz de la mirada de otro asiduo, Michel de Montaigne. Cuatro siglos adelante Jean-Paul Sartre propondrá esta definición: «Un sabio es aquel que habla de lo que conoce; un intelectual, aquel que habla de sí mismo y se implica con su tiempo». Había tomado a Montaigne como modelo de intelectual moderno, de quien se afirma que inauguró el género con la entrada del «yo» en la literatura. Ignora el precedente de Margarita, inspiradora de Montaigne en sus *Confesiones*. Y aún más en su elección de una vida retirada, como la que adoptó Montaigne, mirándose en su espejo. «Amo la vida retirada porque es mi elección y la que yo quiero» —escribe Montaigne—. Parecen palabras textuales de Margarita, que elige el mismo retiro treinta años antes. Lo culminará extendiendo su amparo al partido de los llamados *Libertinos Espirituales*. Calvino los denigra como «la más abominable encarnación del diablo». Bastó eso para que en todas las cortes de Francia se diera por cierto que Nérac era un nido de protestantes. Margarita expulsa a Calvino, harta de sus excesos puritanos. La ruptura tendría consecuencias.

En 1528, y pese a su avanzada edad, treinta y seis años, Margarita da luz a su primera hija, Juana —la que, por ironías de la historia, se convertiría en calvinista extrema—. Dos años adelante nace Juan, que moriría seis meses después. Casi se podría decir que tuvo suerte. Apenas inaugurado el año siguiente, se desata la pandemia más terrible de su tiempo. Un brote de peste bubónica, el de 1531, cuyos guarismos parecen jugar una danza macabra con el más devastador de la historia, el de 1351. Aquella Peste Negra inspiró el *Decamerón* de Boccaccio. Ésta, el *Heptamerón* de Margarita. El florentino eligió una colina apartada, Fiésole, donde se refugiarán los *happy few* de su relato. Margarita no necesitó inventar nada. Su Fiésole era el palacio de Nérac, un refugio ilustrado.

Excuso las obras que precedieron a su redacción. Un *Examen de conciencia en presencia de Dios*, tres *Pastorales* y algunas farsas satíricas —*El Inquisidor* entre ellas—. Sorprendentemente, lo que levantará las iras de la Iglesia no serán esas sátiras, sino otra de sus confesiones, *Miroir de l'âme pecheresse*, compuesta el año de la peste, durante el duelo por la muerte de su hijo. El Savonarola de la Sorbona, Noel Béda, cargará contra ella en base a una acusación tan disparatada como su omisión del Purgatorio. Se unió Calvino, asegurando que su «mística falsaria» estaba inspirada por la secta de los *Libertinos*. En octubre de 1533 el atrio de la Sorbona se tiñe de llamas con la quema pública de su *Espejo*. Sigue el incendiario Asunto de los Placards, y la fulminante caída en desgracia de sus protegidos. Allá en Nérac, la Reina de Navarra pasa a convertirse en una sepultada en vida.

Mientras Béda prosigue su cruzada desde la Sorbona, en la universidad rival, la de París, el regente del Colegio de Navarra escribe una comedia donde la escarnece por dos vías: como mujer y como pensadora. Al comienzo, Margarita aparece hilando. De pronto, deja

la rueca, se aplica a estudiar una traducción del Evangelio y se convierte, poseída por Satanás, en «una Furia del Infierno». Son sus estudiantes, navarros de rancia cuna, quienes la representan. Navarra contra Navarra. Peor aún, la casta más cultivada cargando contra su reina —una *Furia del Infierno*—, por no comulgar con el credo papal. Quizá más por ser mujer y atreverse a mudar la rueca por la pluma.

Refugiada en un convento de Mont-de-Marsan redacta otro largo poema que firma con un epígrafe explícito: *Prisiones de la Reina de Navarra*. Pero también será en ese retiro, y en las más dramáticas circunstancias, cuando comenzará a componer su *Heptamerón*. Entre fantasmas. Tras la muerte de su madre y su segundo hijo, en 1547 muere su hermano, Francisco I. A cada uno les dedica obras en forma de visiones nocturnas. Puros oficios de tinieblas.

La Margarita de los últimos años se aleja del juicio de los hombres. Solo le importa su verdad esencial. Esa donde los contrarios se concilian en un conocimiento superior, y todo se comprende, y todo se perdona. Para ella, llegar hasta el fondo de la experiencia espiritual resulta indisociable de una inmersión simultánea en la ardua materia humana. No, no hay tanta distancia entre sus *Diálogos* metafísicos y la delicuescente carnalidad de su *Heptamerón*.

Ya desvinculada de todo, incluso de su hija —su último vínculo familiar—, en 1547 se recluye en su Béarn y renuncia a sus títulos como princesa de Francia. Sólo preservará uno hasta el final. ¿Cuál? El único en el que se reconoce, porque es el que más quiere: el de Reina de Navarra. El resto ya es historia. Viaja a Cauterets para aliviar los dolores de la artrosis en sus aguas termales. Regresa a Odos afectada de una pulmonía. Muere un 21 de diciembre de 1549, cuando se aprestaba a redactar una jornada más de su *Heptamerón*.

Solo se publicaría nueve años adelante, en una edición costeadada por su hija Juana, aunque guardando el anonimato acerca de su

autora. Sucedió así. A finales de agosto de 1558 aparece un libro anónimo de título bizarro —*Historia de los amantes afortunados*—. Se presenta como una amalgama de relatos desordenados y peor articulados. La única pista que facilita el editor acerca de su autor es un elogio a la *Oración fúnebre* de la Reina de Navarra.

Un año adelante —abril de 1559— la falsa entrada en escena se corrige con la primera edición canónica bajo este epígrafe: «*Heptameron des Nouvelles de la tres illustre Princesse Marguerite de Valois, Royne de Navarre, remis en son vray ordre et dedié à la tres vertueusse Princesse Jeanne, Royne*». Ya tenemos todas las claves. Su verdadero título —*Heptamerón*—. Su autora —la reina de Navarra—. Su corrección —*presentado en su orden, confuso en su primera impresión*—. Y su dedicatoria, lo que vale por decir su patrocinadora —Juana, la Reina—.

El libro experimentó un éxito fulgurante, el primer *best-seller* de su siglo, hasta un extremo tal que Catalina de Médici y sus damas se propusieron recrearlo. ¿Qué cuenta el *Heptamerón*? La historia de diez viajeros, cinco mujeres y cinco hombres, sorprendidos por una tormenta cuando se encuentran disfrutando de los baños termales de Cauterets. La analogía biográfica no puede ser más explícita. Si ella resolvió el percance refugiándose en su villa de Odos, sus protagonistas emprenden el camino de la abadía de Sarrance. Uno de ellos propone entretener su espera contándose cuentos, a la manera del *Decamerón*. Es precisamente en este punto que parece subrayar su deuda con el florentino, donde Margarita marca la primera distancia.

El *Decamerón* se abre con un prefacio acerca del alcance de la Peste Negra en Florencia. En el *Heptamerón* la tormenta no pasa de un pretexto. La verdadera plaga va por dentro. Son sus personajes los que están gravemente enfermos, aunque no lo sepan. Representan

el frío corazón de una aristocracia insensible a la penuria. Príncipes de una inmoralidad manifiesta, sólo atentos a su propio placer. Longarine, una joven viuda que acaba de dar tierra a su marido, celebra la jocosa iniciativa «porque sin ella nos volveremos aburridos, y esa sí que es una enfermedad incurable». Otra, Emarsuite, asegura que lo suyo es mucho más grave. Perder un marido no es ninguna tragedia. Mucho peor verse privada de un amante tan cumplido como el que suspiraba por ella... y ya sólo expira.

Basta asomarse a los primeros relatos para advertir una segunda disonancia capital respecto a Boccaccio. Por más realista que sea su estilo, el *Decamerón* se presenta como una obra de ficción. Margarita, ya en el prólogo, deja clara su intención de «no escribir ningún cuento que no sea una historia verdadera». Una apuesta suicida. Porque sus personajes centrales, bajo nombres ficticios fáciles de descifrar, se nos presentan como trasuntos de su más directa parentela.

Hircus o Hircan es el que sale peor parado. El término «hircan» procede de la voz latina «hircus» —macho cabrío, o cabrón propiamente dicho—. ¿Quién es el agraciado? Démosle otra vuelta a su etimología. Hircan o la inversión de Hanric —la forma bearnesa de Henri—. Asunto resuelto: ese baladrón intransigente, zafio y grosero, no es otro que su marido. Hircan está casado con Parlamente, la charlatana. Desglosemos su nombre: Parlamente casi suela a *Perle Amante*. *Perle*, por Perla —la etimología griega de Margarita—. Y *Amante*, ¿qué nos recuerda sino su constante reivindicación del *Parfait Amour*?

Tanto como en Boccaccio, nuestra autora bebe de una tradición narrativa donde se cruzan los viejos *fabliaux*, *Los cuentos de Canterbury* o el *Gargantúa* de su devoto Rabelais. Pero Margarita también ha leído a Platón y a Erasmo. Será sobre estas lecturas sobre las que establecerá su factor diferencial: un cambio de mentalidad,

ya volcada en una perspectiva renacentista, desde una doble mirada. La más evidente, remite a la valoración de la mujer. Margarita la pinta tal como la ve, no inferior al hombre —con sus mismos defectos, pero con idénticos derechos—. Y así procede, más que a una imitación, a un ajuste de cuentas con Boccaccio. En el *Decamerón* los hombres se burlan de las mujeres. En el *Heptamerón* son las mujeres quienes ridiculizan a los hombres, sin privarse de confesar episodios escabrosos de los que han sido víctimas, pero también agentes activas. Aparecen madres incestuosas, reinas que torturan a sus amantes, otras que practican «juegos peligrosos». Y una atrevida justificación de sus astucias femeninas como defensa frente a la impunidad de los asaltos masculinos. Una y otra vez encontramos frases como ésta: «el honor de los hombres y el de las mujeres no se mide con la misma medida». O como ésta: «nuestras tentaciones son diferentes a las vuestras». Atrevimiento sobre atrevimiento, su *Heptamerón* tiene mucho de autobiográfico. Y es precisamente este rasgo el que nos sitúa ante la segunda lectura del texto, la más suya.

Si el centro neurálgico de sus relatos descansa sobre las visiones del amor según los arquetipos de la guerra de sexos, lo más distintivo de Margarita no es su decantación por la mujer, sino su juego de miradas. Es decir, la distancia narrativa que establece entre la de sus protagonistas y la suya.

Lo vemos en sus cuentos más eróticamente explícitos. Incluyen una lectura moral, y otra menos evidente, de elevación espiritual. Si Ficino postula que el amor anuncia la unión con lo divino, ella propone concepto de perfección que abraza simultáneamente al *Amor Perfecto* y al *Perfecto Amante*.

Describe los episodios carnales en toda su crudeza. En contrapunto, desliza otra lectura, haciéndonos ver que ese furor trágico puede ser el preámbulo del éxtasis, pero también la más certera defi-

nición de la agonía de vivir en el sentido etimológico del término —la vida como «agón», como tensión entre eros y thánatos—. Finalmente, en su nivel más elevado, asume ese cúmulo de experiencias como un paso necesario para acceder a la depuración del alma y, enseguida, a un estado de perfección mística. Ese amor supremo que, según el Dante, mueve el sol y las estrellas.

Así lo afirma, Parlamente, su *alter ego* en el relato: «Llamo perfectos amantes a aquellos que buscan en lo que aman alguna perfección, sea en su belleza, en su bondad o en su gracia. Aquellos que acreditan un corazón tan alto y tan honesto que ni aun muriendo quieren poner fin a las cosas bajas que el honor y la conciencia reprueban. Pues el alma, que fue creada para acceder a su soberano bien, mientras vive en el cuerpo, no desea más que alcanzar ese estado».

Todas las prácticas amatorias contempladas por la elasticidad moral de la Francia renacentista caben en estas atrevidas historias que revelan al desnudo su parte de infierno. La abrasadura de la experiencia no como antítesis, sino como fundamento de esa llama que no quema donde se abrazan los Amantes Perfectos. La excepcionalidad de Margarita se circunscribe al hecho de que llega a esa certeza sin abandonar el *locus amenus* de su corte galante, y tras experimentar todos los grados del amor carnal, sus atrevimientos y sus tormentos, tal como los plasma en las gradaciones de su *Heptamerón*.

Así como ella, tras apoyar a Calvino, acabó repudiando su intransigencia, en su *Heptamerón* prevalece idéntico principio de tolerancia. La constatación de la debilidad de nuestra materia humana, parece decirnos, debería inducirnos a comprender y perdonar las faltas del prójimo. Así nace, no ya en Navarra o en Francia, sino para toda Europa, una nueva retórica del amor.

La que escribió «Jamás mi corazón se cansará de amar» buscó durante toda su vida ese Amante Perfecto que, finalmente,

sólo encontraría dentro de sí misma, después de la tempestad. Precisamente el *Heptamerón* comienza y concluye con una tempestad que es tanto física como metafísica, externa a ella —desdoblada en sus personajes— pero interiorizada en su última verdad. Una verdad inquietante. Margarita pretendía completar diez jornadas que se quedaron en siete. De ahí su título. ¿Medió el destino para que llegara a nosotros de esa manera? «Acáballo tú, lector», parece decirnos su autora, «escribe mi último cuento». Es decir: atrévete a cerrar el círculo.

Yo abrí el mío en torno a ella hace siete años. Hoy lo culmino con la publicación que sancionó mi ingreso en la RSBAP, en una jornada, inolvidable para mí, en la sede de su sociedad hermana, la Matritense. Con él, Margarita regresaba al exacto lugar donde negoció la liberación de su hermano, cruzando España y Francia, de una manera casi clandestina. Esa clandestinidad sigue vigente en todo lo que afecta a su memoria. De ahí la perentoriedad de mi compromiso. Aunque hubiera bastado con eso. Pronunciar su nombre, cinco siglos después, en la Torre de los Lujanes. Una rehabilitación obligada, una deuda pagada. Una gratitud impagable, la que merece la generosidad de ambas sociedades, la Matritense y la Bascongada, hijas a su manera de aquel impulso ilustrado que inauguró precisamente ella, Margarita de Navarra.

La historia se consiente estos caprichos. Justicia poética, pero también lección de vida. Nadie lo sabía mejor que aquella reina cuyo corazón nunca se cansó de amar. Sensualidad en sus *Confesiones*, Mística oculta en el *Heptamerón*. De libro en libro, al menos desde el de la Creación, nadie ha averiguado aún si todo vive para morir, o si solo muere para vivir de nuevo.